

## INICIOS DE LA MISIÓN EN AMÉRICA: ISABEL LA CATÓLICA, COLÓN Y BOIL

POR

JUAN B. OLAECHEA LABAYEN

### RESUMEN

Análisis del inicio del cristianismo en América, refiriendo la construcción de los primeros templos en los años del descubrimiento y las primeras exploraciones del Nuevo Mundo.

**PALABRAS CLAVE:** América. Evangelización, Colón, Boil.

### ABSTRACT

Analysis of the beginning of Christianity in America, with references to the building of the first churches during the age of discovery and the first explorations in the New World.

**KEY WORDS:** America, evangelization, Christopher Columbus, Boil.

Isabela fue la primera ciudad fundada por los europeos en el Nuevo Mundo. Su artífice, por mandato de los reyes de España don Fernando de Aragón y de doña Isabel de Castilla, fue Cristóbal Colón en su segundo viaje de descubrimiento, iniciado en Cádiz el 25 de septiembre del año de 1493. Asombrado por la feracidad y fertilidad de aquella tierra tropical, donde había dispuesto asentar la nueva ciudad, el almirante Colón comunicaba alborozado a los reyes católicos en una Relación, fechada en la incipiente ciudad el 26 de febrero de 1495, que el «Sábado sancto que fue veinte y nueve de março (de 1494) se

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico  
Hispania Sacra 53 (2001)

truxo un manojo de espigas granadas y maduras y muy grandes, más que las de Castilla, en la iglesia a la santa oferta»<sup>1</sup>.

#### UNA COMUNIDAD CRISTIANA

Se trae a colación este inciso, no tanto para destacar la feracidad y rapidez con que germinaban las semillas llevadas del viejo continente, cuyos frutos despejaban la incógnita de su fertilidad en el nuevo entorno y clima, sino para destacar la implantación por primera vez del culto cristiano en aquella tierra, incluyendo el uso europeo de la ofrenda. Por supuesto, la iglesia de la que habla el genial descubridor no podía ser más que una modesta capilla, improvisada con troncos y ramas para atender a las necesidades de culto y en ningún modo comparable con los edificios que esa palabra designaba en los países cristianos, pues en la referida fecha del sábado santo sólo hacía cuatro meses que había llegado al lugar la flota colombina y se había procedido en los días siguientes al desembarco y a preparar el acomodo para las personas.

El autor ha titulado este epígrafe con la frase de «comunidad cristiana», con preferencia sobre la de «comunidad parroquial», pese a que esta última debió de ser erigida canónicamente por el ermitaño fray Bernardo Boil o Buil con las facultades que se le habían recabado del Sumo Pontífice para regir los asuntos eclesiásticos de las Indias. La ofrenda de las primicias y diezmos, práctica muy antigua en la vieja cristiandad, cifraba la contribución económica de los fieles al culto y al mantenimiento de la Iglesia y fue implantada en las Indias a petición de los Reyes Católicos por el papa Alejandro VI por la bula *Eximiae Devotionis Sinceritas* de 3 de mayo de 1501. Pocos años después se integraría dentro del conjunto de estipulaciones del Patronato Regio hasta la extinción de esta institución.

A pesar de su ámbito indudablemente modesto y de la endeble fábrica de material leñoso del templo en un principio, no es posible dejar de señalar la trascendencia del hecho referido que venía a ser como una primera débil llamarada de una prometedora aurora, como el intermitente goteo de un incipiente manantial, llamado a aumentar su caudal de fe cristiana hasta convertirse en uno de los más dilatados océanos del universo eclesial que agrupa en el continente americano a la mitad de los fieles de la Iglesia Católica.

---

<sup>1</sup> Cristóbal COLÓN, *Textos y Documentos completos*. Edición, prólogo y notas de Consuelo Varela. Nuevas cartas, de Juan Gil. 2ª ed., Madrid, Alianza Universidad, 1995, 287. También *Colección Documental del Descubrimiento (1470-1506)*, dir. Juan Pérez de Tudela. t. 1. Madrid, R. Academia de la Historia-Fundación Mapfre, 1994, sub data. El estricto orden cronológico de los documentos en esta exhaustiva publicación dispensa de señalar las citas cuando se aportan las fechas concretas.

## EN NOMBRE DE LA CRISTIANDAD

El comienzo de la implantación de la fe cristiana en el continente americano se realiza en un momento en el que todavía el viejo mundo europeo disfrutaba de unidad religiosa y cuando el brote misionero que surge inmediatamente a continuación lleva el sello de la catolicidad no sólo en su sentido teológico como característica y nota esencial de la Iglesia, sino también en su sentido de tarea colectiva aglutinante y representativa del conjunto de la comunidad de los creyentes. Este perfil representativo se vio en la práctica simbolizado y figurado por una participación de religiosos de procedencia europea que configuraron un conjunto ecuménico de clero religioso y secular para constituir el primer núcleo misional del Nuevo Mundo.

La misma corte de los reyes católicos profesaba esta interpretación cuando en la llamada *Carta del Descubrimiento* del 14 de marzo de 1493 don Fernando y doña Isabel se congratulaban en nombre de todos los creyentes y extendían su felicitación a la cristiandad por el «ensalzamiento que habrá en tornándose tantos pueblos a nuestra santa fe»<sup>2</sup>.

A punto de dejar Barcelona Cristóbal Colón para emprender el segundo viaje de descubrimiento, los Reyes Católicos le entregaron con fecha de 29 de mayo unas instrucciones en la que le dejaban bien patente que la primera finalidad de la importante expedición que iba a emprender era la evangelización de los indios por medio de fray Boil y otros religiosos y clérigos. Ya en segundo lugar vendría el objetivo económico de comercio con los naturales y trueques, a lo que lógicamente no podían renunciar como soberanos de un país.

## CONMOCIÓN EUROPEA

La noticia del descubrimiento de un mundo ignoto, que no se sabe explicar qué es; de unos habitantes ignotos que no se sabe explicar qué son, constituyó como una relampagueante sacudida, casi sísmica, en aquella Europa aletargada del momento, con tenue visión de universalidad, encerrada en un marco estrecho limitado por el Islam y por el obcecante Oriente. El hecho del descubrimiento provocó la turbación y el desconcierto desde muchos puntos de vista como el antropológico, el científico e incluso el teológico en algunos aspectos como el de la universalidad de la Redención, en cierta similitud con el panorama actual de la prospección espacial. Pero, al mismo tiempo, como en toda

<sup>2</sup> Compruébese el documento en el lugar correspondiente a la fecha en la citada *Colección Documental*.

eclosión de situaciones críticas, suscitó una viva inquietud renovadora de profundas sinergias latentes.

La sacudida vino a ser significativa principalmente en orden al tema de las expectativas que se abrían a la propagación de la religión cristiana. El encuentro de la raza que se llamó india, de un pueblo insospechado que se sabía o, por lo menos, se intuía que era numeroso, suscitó la inquietud misionera. Esta última palabra de misiones en la acepción que aquí recibe comenzó a ser empleada por primera vez en aplicación a la labor evangelizadora de los naturales de América en las fuentes españolas de comienzos del siglo XVI. En el primer viaje de descubrimiento del genial navegante Cristóbal Colón no se consideró necesaria la participación de ningún clérigo o religioso, pues el interés se centraba casi exclusivamente en una ruta de enlace y en unos productos, pero no en unas gentes susceptibles de conversión. Fuera de todo programa, el resultado asombroso de esa primera singladura oceánica tuvo la virtud de estimular conciencias dormidas<sup>3</sup>.

#### INENARRABLE ENTUSIASMO DEL DESCUBRIMIENTO

Cuando Cristóbal Colón volvió de su primer viaje de descubrimiento y surgió en el puerto de Palos el 15 de marzo de 1493, traía algo de oro, aves y otros productos exóticos, pero sobre todo traía un puñado de hombres, unos hombres nuevos, inéditos, insospechados, que trazaron en la imaginación de los europeos serios interrogantes y la atracción y el rechazo que produce la nebulosa del misterio humano.

La noticia, más o menos prevista, de la caída de Constantinopla no tuvo en los años coetáneos y sucesivos tan amplio eco en el nuevo medio de difusión del arte de la imprenta como la del descubrimiento de América, nimbada desde el primer momento de la aureola de hecho fantástico. La carta que el afortunado descubridor fechó en el tornaviaje a la altura de Canarias el 15 de febrero de 1493, describiendo las maravillas de las tierras descubiertas y la novedad de sus habitantes, fue insistente mensaje en aquellos años de los talleres de impresión en las diversas lenguas europeas. Habría que destacar, entre otras ediciones, la traducción latina de la citada carta, hecha por el clérigo aragonés Lean-

---

<sup>3</sup> En el siglo XVIII, el canónigo Juan Bautista Albi de Todi divulgó que el primer sacerdote que puso los pies en América fue un franciscano de Umbría, llamado Gian Bernardino Monticasteri de Todi, quien acompañaría a Colón en su primer viaje de 1492 en calidad de confesor. Varias publicaciones se hicieron eco de la patraña, que se decía fundar en una carta del marino genovés a un hermano del supuesto franciscano, pero la crítica histórica refutó pronto tal infundio: L. de ASPURZ, *La aportación extranjera a las misiones españolas del Patronato Regio*, Madrid, 1946, pp. 44-45.

dro del Cosco, que alcanzó ocho ediciones únicamente en los pocos meses disponibles del año 1493.

Los destinatarios de todas estas ediciones y de otras informaciones manuscritas y cartas fueron las cortes principescas —recuérdense los corresponsales de Pedro Mártir de Anglería—, las universidades, los conventos y los capítulos de las órdenes religiosas. La corte pontificia, la más atenta y mejor informada, sin duda, recibía una información directa, personal y urgente de los mismos protagonistas y soberanos españoles.

Más incluso que Colón, los mismos Reyes Católicos, como expertos propagandistas, buscaron explotar el efecto fascinante de la hazaña descubridora al ordenar a su artífice que se presentase ante ellos en Barcelona, pero viajando por tierra y no por mar como pretendía el navegante. La apoteósica travesía, descollante de colorido y exotismo, acompañando al almirante un grupo de siete indios, con su escueta vestimenta indígena y adornados a su usanza, despertó el entusiasmo de la gente y encendió la imaginación de los hombres y mujeres de todas las clases sociales hasta suscitar en muchos de ellos la incitación a la aventura y el riesgo. Almas pías y celosas de la propagación del evangelio, pudieron concebir, como concibieron los Reyes Católicos y en especial la reina Isabel, que el acontecimiento brindaba una gran oportunidad para la propagación del mensaje evangélico y dilatación del reino cristiano, cuya promesa iba a empezar a emerger en las fechas sucesivas inmediatas con la primicia sacramental, florecida en una nueva raza, con el bautizo en Barcelona de los referidos acompañantes indios de Colón<sup>4</sup>.

#### LOS VOLUNTARIOS DEL SEGUNDO VIAJE

Si en la preparación del primer viaje, el navegante genovés necesitó de la ayuda de los Pinzones para reclutar las dotaciones necesarias para poder zarpar, ahora el problema se había vuelto en el haz o anverso del envés anterior: exceso de pretendientes para embarcar. El abrumador número de voluntarios obligó a seleccionar y limitar el personal en función de la capacidad de los 17 buques preparados para el viaje. A falta de la documentación pertinente para fijar el número más o menos exacto del reclutamiento como podría ser el perdido listado de las nóminas, los autores manejan unas cifras que van de 1200 hombres a 1500. Al presentarlas de esta forma global, no se especifica si en ellas se incluyen las dotaciones profesionales de tan elevado número de ligeras

---

<sup>4</sup> Sobre la ruta seguida por Colón en dirección a Barcelona y el bautizo de los indios, véase Juan B. OLAECHEA LABAYEN, «De cómo, dónde y cuándo fueron bautizados los primeros indios»: *Hispania Sacra*, vol. L, nº 102, 611-636.

carabelas y más pesadas naos, cuyo conjunto podría aproximarse a la cifra del medio millar de marinos<sup>5</sup>.

La cuestión del número de expedicionarios quizás no es indiferente al tema de este enunciado porque podría tener alguna relación de proporcionalidad con el número de religiosos y clérigos embarcados y con las necesidades de personal para la asistencia religiosa de los emigrantes. En cualquier caso, debe tomarse en consideración el hecho de que una parte considerable de los expedicionarios, unos seiscientos hombres, satisfecha su curiosidad, poco dispuestos al duro trabajo que se prestaba a imponerles el almirante en la construcción de la nueva ciudad de Isabel o afectados por la enfermedad, retornaron a Castilla partiendo de dicho lugar el 2 de febrero de 1494 en doce buques, dejando seis en la isla, mandados por Antonio de Torres, quien tenía el encargo regio de retornar a Castilla lo más pronto posible, después de haber desembarcado a los expedicionarios y descargado las mercancías y las provisiones<sup>6</sup>.

#### PERSONAL HETEROGÉNEO

El personal que permaneció en la empresa colombina, después del que retornó a poco de la recalada, era de una procedencia social heterogénea. Esta vez no fue necesario alistar a ningún penado. No faltaron criados de la Casa Real, que acompañaron al almirante en su regreso a Sevilla y Cádiz desde Barcelona, hidalgos de vieja herencia, hombres vigorosos y ambiciosos que alcanzarían honores y lustre en los años sucesivos con sus gestas, artesanos y menestrales de toda clase de oficios que se iban a necesitar en la construcción y mantenimiento de una ciudad.

La clase militar u hombres de armas era la más numerosa. Se componía de centenares de soldados de las diversas armas, cuya composición relativa del conjunto se puede adivinar por la proporción de especialistas de armas que el almirante envió en abril de 1494 con Alonso de Hojeda en auxilio de mosén Pedro Margarite, alcaide de la recién inaugurada fortaleza de Santo Tomás, que se sentía amenazado por el cacique Caonabó, el presunto autor de la masacre de La Navidad. Dicho ejército se componía de 16 hombres de a caballo,

---

<sup>5</sup> Este cálculo está hecho con apoyo del número de tripulantes de las expediciones colombinas: unos 90 marineros en las tres naves en su primer viaje, de los que se conocen nominalmente 87: DUQUESA DE BERWICK Y DE ALBA, *Nuevos autógrafos de Colón y relaciones de Ultramar*, Madrid 1902; de los 200 que llevó en seis naves, que resultaron demasiado grandes «para descubrir», en el tercer viaje y 139 marineros en 4 barcos de 45 a 63 toneladas, según Las Casas, para el cuarto viaje.

<sup>6</sup> Bartolomé DE LAS CASAS, *Historia de las Indias* 1, 103. Edición de J. Pérez de Tudela 1, Madrid 1957, 286 (B.A.E. 95). COLÓN, *Textos* 254. La cita de la nota anterior de LAS CASAS: lib. 2, cap. 5.

250 escuderos y ballesteros, 110 espingarderos y 20 oficiales (Colón, *Textos* 270). Este conjunto de 396 hombres constituía un segundo refuerzo de uno de 90 soldados enviado anteriormente, sobre los que ya debía de contar desde el momento de la fundación de la fortaleza en la aurífera región de Cibao. Dicha tropa comprendía a una parte considerable de todo el ejército colombino, pues expresa el almirante y virrey que «agora le enbío con toda la gente que pude fallar sana y sin roncería» (:remolonería o desgana). Por todo ello, no parece exagerada la cifra que da el Cura de Palacios con probable información del propio Colón de que él «llevó mil y doscientos hombres de pelea para quedar allí»<sup>7</sup>.

En medio de tan importante número de hombres, viajaba también alguna que otra mujer, como aquella conocida por su nombre de María Fernández, la cual para conseguir el aval con el fin de obtener un crédito presentó ante un notario de Sevilla una nómina por la que demostraba que había sido criada de Colón en el segundo viaje<sup>8</sup>. Y otra mujer, «que de Castilla acá venía», a la que el almirante le obligó a hacerse cargo de un niño caribe de la isla de Guadalupe, de un año de edad, que quedó abandonado en su vivienda al huir los habitantes y le observaron durante seis días, en los que supo valerse solo con esporádicas visitas al cercano río. Ahora, dice el almirante, está bueno y habla y entiende la lengua que es maravilla (Colón, *Textos* 238).

En el famoso Memorial que redactó Antonio Torres, al dictado del almirante, tres días antes de su partida para Castilla, se recoge la idea de este último de convenirle unos mil hombres para su servicio, pero en lugar de solicitar el envío de más gente, pide que se provea de remuneración a 200 personas que habían venido sin que se les hubiese asignado sueldo (Colón, *Textos* 265-6). En las apostillas al Memorial, los reyes dan la conformidad a que se les retribuya a dichas personas.

En otra carta, reproducida por el célebre protector de los indios, Colón se explaya más al decir que «otros habían venido sin sueldo, digo bien la cuarta parte, escondidos en las naos» (Las Casas, *Historia* 1, 162). Hace la impresión de que el almirante se conforma con conseguir la soldada para esos 200 hombres que carecían de ella y no pide el envío de más personal, lo cual vendría a significar que disponía de los mil hombres que dice necesitar e incluso los dispondría con creces hasta los mil cuatrocientos, si es que no yerra Las Casas en sus cifras.

---

<sup>7</sup> A. BERNÁLDEZ, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, cap. 120, t. 2, Sevilla 1870.

<sup>8</sup> Sobre los aspectos humanos de un gran hombre, véase C. VARELA, *Cristóbal Colón. Retrato de un hombre*, Madrid 1992.

Estos mil hombres que Colón dice necesitar y que parece que los disponía con creces, deben ser interpretados como hombres de armas, sin incluir en dicha cifra global, ni la modificaría mucho de estarlo, la sufrida gavilla de hombres de Iglesia, religiosos y clérigos, sacerdotes y hermanos legos, de cuyo número y personalidad se habrán de hacer en el momento oportuno algunas conjeturas y averiguaciones.

#### UNA SINGLADURA INCÓMODA

La pesadez del viaje y su prolongada duración tuvo un efecto deprimente en los navegantes. El encumbrado almirante Colón, como un dominador del espacio oceánico con su poderosa escuadra, tomó una ruta más al suroeste que en su primer viaje con la idea de descubrir de paso la tierra firme antes de llegar a la Española. El 3 de noviembre, 39 días después de salir de Cádiz, entusiásticos gritos de alegría anunciaron la vista de tierra americana en las dos islas que el almirante llamó respectivamente Dominica (Era domingo aquel 3 de noviembre) y Marigalante (Nombre de la nao capitana). Ese mismo día, desembarcó en la segunda de las islas, porque en la vertiente por la que discurría la flota no encontró un lugar adecuado en la primera, y tomó posesión solemne de la tierra con la bandera real en la mano<sup>9</sup>.

A partir de la Marigalante, trazaron una ruta siguiendo el semicírculo formado por la cadena de islas hasta llegar a Puerto Rico y a la Española, con algunos incidentes, sobre todo al día siguiente en la Guadalupe, que ahora no hacen al caso. El viernes, 21 de noviembre, la nutrida flota llegó a unas costas que resultaban desconocidas para los que habían navegado en el primer viaje de descubrimiento, pero por indicaciones de las indias que traían liberadas o capturadas de las islas caribes, sospecharon que se trataba de la isla Española. Habían arribado, según la narración del médico sevillano Diego Álvarez, conocido como el doctor Chanca, a la parte que llamaban Haytí, cuya costa siguieron para llegar el viernes 27 de noviembre a media noche a las ruinas del fuerte de Navidad donde confirmaron los alarmantes augurios de los días anteriores sobre la masacre de los treinta y nueve españoles que habían quedado allí en el primer viaje.

---

<sup>9</sup> Seguimos en esta descripción el relato del mismo almirante en su *Relación del segundo viaje* publicado por VARELA-GIL. El texto de Colón desautoriza la tesis de que la primera isla descubierta en el segundo viaje fue La Deseada: J. MANZANO MANZANO, *Colón y su secreto. El Predescubrimiento*, Madrid 1982, 427-433.

## DESEMBARCO Y CELEBRACIÓN EN LA ISABELA

Sin pensar de momento en ninguna represalia, el almirante mandó proseguir la marcha, destegiendo incluso como Penélope la estela ya recorrida en parte por la flota: «Mayor pena nos fue retornar treinta leguas atrás», dice el médico sevillano, hasta que llegaron a un puerto o ensenada donde aflúa un caudaloso río, a cuyo entorno el almirante consideró adecuado para la construcción de la primera urbe del nuevo Orbe. «Ya eran tres meses pasados cuando descendimos en tierra», exclama aliviado el responsable sanitario de la expedición<sup>10</sup>.

Pero no por ello, como se verá más detenidamente, terminaron los males y sufrimientos de la gente. Ni tampoco los trabajos, pues la elección del lugar no supuso el descanso, sino una mayor intensidad del trabajo. Mártir de Anglería, sobre el testimonio directo de testigos presenciales, compuso ya en el mismo año de 1494 su Primera Década donde se lee: «En pocos días como la premura del tiempo lo permitió, construyeron casas y una capilla y el día que celebramos la festividad de los tres Reyes, se cantó la santa misa (divina) según nuestro rito (puede decirse que en otro mundo tan extraño, tan ajeno de todo culto y religión) con asistencia de trece sacerdotes»<sup>11</sup>.

## LA PRIMERA MISA EN EL NUEVO MUNDO

A este respecto, el franciscano Ortega se plantea el tema de dónde y cómo se celebró la primera misa en el Nuevo Mundo. Piensa que el día y lugar pudieron ser el domingo 3 de noviembre de 1493 en la Dominica o Marigalante, el día en que fueron descubiertas estas primeras islas en el segundo viaje; en su defecto, el 24 del mismo mes sobre las ruinas de la fortaleza de la Navidad o el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, en el solar de la primera ciudad proyectada en América, la Isabela<sup>12</sup>.

La expedición colombina llegó al fuerte de La Navidad a la media noche del viernes, 27 de noviembre. En vista de la nula respuesta desde tierra a las

<sup>10</sup> La Relación del doctor Diego Álvarez «Chanca», cuyo texto se conoce por una copia del siglo XVI, en la que se refiere que llegó a Sevilla, a cuyo ayuntamiento va dirigido, «en el mes de (en blanco) año de mill e quatrocientos e noventa y tres años», insertada en la citada *Colección de Documentos* con el número 181, t. 1, págs. 504-521. La fecha de la llegada está equivocada, pues narra sucesos varios años posteriores, en los que el mismo Doctor Chanca es protagonista.

<sup>11</sup> PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA, *Décadas del Nuevo Mundo*, década 1, cap. 20. Anglería declara la fuente de su noticia que fue Melchor Maldonado, 24 de Sevilla, obligado a participar en el viaje por los Reyes y retornado enseguida con Torres.

<sup>12</sup> A. ORTEGA, *La Rábida. Historia documental crítica 2*, Sevilla 1925, 268.

instigaciones de la flota con disparos de espingarda, prudentemente se retrasó el desembarco hasta bastante tarde del día siguiente de modo que no debió de poderse celebrar ninguna misa hasta el domingo, cuya celebración, sin duda, se vio envuelta en un clima intensamente emotivo y fúnebre por la presencia de once cadáveres de los antiguos moradores españoles del fuerte, que acababan de ser exhumados por las localizaciones que indicaron los nativos, según cuenta Colón en su Relación descubierta recientemente.

La Dominica, a su vez, debe ser excluida de esta posibilidad, ya que el almirante no vio un lugar apropiado para el amarraje por la parte en que la abordó y mandó continuar la carrera en dirección a la cercana Marigalante. En ella hicieron, en medio del natural júbilo, la primera escala o desembarco en tierra americana y tomaron posesión de la misma en nombre de los Reyes Católicos, según cuenta el mismo almirante.

Esta pequeña isla de 168 Kilómetros cuadrados, que todavía conserva su nombre impuesto por Colón y apenas figura en los Atlas menos precisos, está integrada en el ámbito jurisdiccional francés de la Martinica y fue el lugar donde se celebró la primera misa de las Indias. Esta afirmación está abonada por la lógica de que la solemne ceremonia de la toma de posesión en un domingo se concluyera con la celebración de la misa conforme a los reconocidos sentimientos piadosos del almirante y de toda la comitiva acompañante, a los que se les ofrecía la oportunidad de que, superando los indispensables ritos diarios de a bordo con la oración matutina y el canto vespertino de la Salve, pudieran dar gracias a Dios por la feliz arribada a tierra con el sacrificio de la misa.

Pero esta suposición lógica está ratificada por el mismo almirante Colón en la Relación de su viaje a Cuba al relatar la celebración del acto litúrgico en la toma de tierra en un lugar de aquella isla, como dice que hacía siempre que recalaba: «Allí mandé dezir missa y plantar una alta cruz de un gran madero, así como yo acostumbrava hazer en todo otro cavo idogneo adonde yo e estado y ando» (Colón, *Textos* 237).

El genial marino genovés no se detiene en describir normalmente este acto habitual en sus amarrajes, pero alguna vez lo cuenta por su vinculación con algo que quiere hacer constar como cuando, en una de las recaladas en la isla de Cuba, estando oyendo misa el 7 de julio de 1494, se le acercó un cacique viejo, que le había reconocido como el jefe por el respeto con el que le daban la paz y las reverencias que le hacían, y le espetó una verdadera lección de moral y de la sanción que merecían en la otra vida las acciones y conductas de ésta. Tanto llamó la atención la doctrina del viejo cacique que el suceso es narrado por el mismo Colón (*Textos* 306), Anglería (2,7) y Las Casas (1,96). El cura beneficiado de Palacios y capellán del arzobispo de Sevilla don Diego de Deza es el más explícito, después de Colón, y sitúa el suceso en la provincia

de Ornophay donde repite las palabras del almirante de que hizo decir misa y plantar una cruz de un gran madero, «así como acostumbraba facer en todos los otros cabos donde llegaban y le parecía que convenía» (Bernáldez, o.c., cap. 130).

#### PROBLEMAS HUMANOS

Los comienzos del asentamiento de los europeos en las Indias no fueron demasiado brillantes desde bastantes puntos de vista humanos e incluso desde el punto de vista religioso y misional. La gente desembarcó exhausta de las penalidades del viaje en el solar de la futura ciudad de Isabela e incluso eran muchos los que llegaban ya enfermos. Una de las víctimas de la prolongada y penosa navegación fue el mismo delegado pontificio o como se le deba titular, quien en el momento de llegar a la derruida fortaleza de la Navidad se hallaba postrado en el lecho. El almirante tuvo el gesto de conducirlo ante él al cacique Guacanagarí cuando le iba mostrando «toda la nao, tanta gente y tantas armas de que se maravillaba, y le llevé a la cámara donde estava el padre fray Buil malo, el qual se holgó mucho con él» (Colón, *Textos* 246).

El mismo almirante fue también víctima de una grave dolencia, pues cuenta el mismo, referido a los días siguientes al suceso narrado, que, saliendo de la Navidad con las barcas para ver un puerto que estaba a ocho leguas, dio al sueño un rato, se le paralizó todo el lado derecho, de pies a cabeza, a manera de perlesía y todavía se resentía de ello (Ibidem 249). Ese día debió de ser el 11 de diciembre, pues su hijo Hernando escribe que su padre cayó enfermo e interrumpió por ello su Diario desde el 11 de diciembre, hasta el 12 de marzo de 1494<sup>13</sup>.

Hace la impresión de que las relaciones entre el famoso navegante y el jefe religioso de la expedición debían de ser buenas todavía. El tarazonés Bernardo Buil, Boyl o Boil había sido, entre otras cosas, ermitaño y presidente del grupo eremítico de la montaña de Montserrat, diplomático y cortesano, introductor en España, y acaso profeso, de los mínimos de San Francisco de Paula. Pero no debía de ser, al contrario que Colón, hombre de mar. Su desazón marinera podía producirle cierto resentimiento a causa del rumbo errante de tantos hombres durante tanto tiempo e, incluso, cabe la posibilidad de que pensara en la responsabilidad del almirante en la masacre humana que acababan de contemplar en la Navidad, porque de haber navegado directamente de Cádiz a dicho puerto se hubiera podido acaso evitar el desastre con haber llegado un mes antes.

---

<sup>13</sup> Hernando COLÓN, *Historia del Almirante*, Madrid 1994, p. 105.

El mismo descubridor era consciente de esta posibilidad, aunque seguramente no se sentía responsable, por creer, en su sentido providencialista de sí mismo, que había obrado como debía, cuando ante la contemplación de los restos las víctimas desenterradas anotaba en su Relación: «Y esto según mi alvedrío, no pasava un mes qu'esto avía acaecido». El médico sevillano, a su vez, expresa que «a lo que parecían los cuerpos de los muertos, no avía dos meses que avía acaecido».

#### CAMBIO DEL PROYECTO DE EMPLAZAMIENTO?

Pocas veces, si alguna, se puede encontrar en la historia general de las colonizaciones un proyecto aparentemente tan desnortado en lo referente al destino concreto de asentamiento. Pero es difícilmente concebible que Cristóbal Colón emprendiese su viaje con un contingente tan numeroso y dotado de forma tan generosa sin tener fijado un punto de destino más o menos concreto en la isla Española, objetivo indiscutible de su periplo. Pensar otra cosa sería ir contra la lógica y contra la misma historia, pues incluso expediciones de menor envergadura tenían siempre fijado y hasta pactado el punto concreto de su destino. Valga como ejemplo la expedición del año de 1620 del legendario buque *Mayflower* con sólo cien personas a bordo, de las que únicamente un tercio eran «peregrinos», y enfiló desde la salida de Plymouth su proa hacia la bahía americana que recibiría el mismo nombre, cuyo destino había sido previamente pactado con una compañía comercial holandesa con afinidades religiosas puritanas.

Los Reyes de España habían urgido la preparación de una expedición tan numerosa y con tan fuerte contingente militar por temor a confrontaciones, no sólo con los naturales de la isla, cuya docilidad y hospitalidad había encomiado tanto el almirante en sus escritos sobre el primer viaje, sino también con posibles reinos legendarios e incluso con otras potencias europeas como Portugal que se decía que reclamaba como suyas las tierras descubiertas. De hecho, mientras cruzaba el Océano la flota colonbina, una escuadra española vigilaba discretamente el puerto de Lisboa.

El lugar de asentamiento de la expedición estaría fijado probablemente en el entorno de la fortaleza de la Navidad que disponía de un buen puerto y se confiaba en la buena disposición de los naturales. Pero el descalabro que encontraron en aquel lugar con el fuerte derruido y la masacre de los españoles que habían quedado allí en el primer viaje, tuvo que producir en Colón y en todos sus acompañantes un efecto deprimente.

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico  
Hispania Sacra 53 (2001)

No obstante, Colón mantuvo atracada su flota en el puerto de la Navidad aproximadamente unos quince días, pero sin dar la orden de desembarcar; es decir, sin decidirse a establecer en dicho lugar la sede de la proyectada nueva ciudad. Parte de ese tiempo lo tuvo que dedicar a diversas tareas como inquirir del cacique del lugar y de sus súbditos isleños acerca de los sucesos pasados, sin realizar ninguna acción de represalia, como pedían muchos; exhumar y volver a inhumar cristianamente a los muertos y, sobre todo para explorar con barcas las costas próximas en busca de un emplazamiento idóneo para sede la ciudad, como lo estaba haciendo el día que cayó enfermo el 11 de diciembre.

#### UN SOLAR INSALUBRE

Había transcurrido cerca de un mes de navegación por toda la costa norte de la Española, cuando el almirante, creyendo haber encontrado el punto adecuado para la fundación de la ciudad, mandó echar las anclas. El lugar, situado hacía el centro de la costa norte de la Isla, disponía de un buen puerto, un río caudaloso y vegetación abundante hasta el punto que su espesor impedía el paso por uno de sus lados. Pero la decisión tomada no supuso el cese de las complicaciones y los problemas. Al contrario, debió de generalizarse alguna especie de brote epidémico, reforzado por la debilidad y escasez de fuerzas con que llegaba la gente hasta el punto que al término, señala el médico hispalense, «ha adolecido en quatro o cinco días el tercio della, creo la mayor causa dello a seydo el trabajo en mala pasada del camino, allende de la diversidad de la tierra».

La actividad de este sanitario debió de ser tan agobiante que en el repetido Memorial de 30 de enero, Colón hizo que Antonio Torres solicitara un aumento de sueldo sobre los 500.000 maravedises anuales que él mismo le había asignado al ordenarle los reyes genéricamente que se le retribuyera, cuya cifra decía el galeno que era inferior a la que ganaba en Castilla<sup>14</sup>.

El sentido profesional de servicio, el espíritu de aventura, la curiosidad o una mezcla de todo ello debió de impulsar al doctor Chanca a enrolarse en tan arriesgada coyuntura con una retribución inferior a los ingresos que obtenía con su trabajo habitual. La cifra de un tercio de la gente afectada por el brote epidémico del médico hispalense coincide con la que se lamentaba el almirante de las bajas que padecía entre su gente de armas para proveer de más soldados a mosén Pedro Margarite, amenazado en la nueva fortaleza de Santo Tomás

---

<sup>14</sup> Los soberanos aprobaron el sueldo de Chanca, pero no el día de sueldo anual que cobraban «todos los físicos de vuestras altezas que andan en reales o en semejantes cosas que éstas», porque dicho sueldo se otorga «donde el Rey, nuestro señor está en persona»

por el cacique Caonabó, que se decía que podía poner en armas más de cuarenta mil hombres, sin contar posibles alianzas, fuerza considerable, aunque estuviesen desnudos y con frágiles armas.

#### EL CUÁNDO DE LA FUNDACIÓN DE ISABELA

Todos los historiógrafos colombinos coetáneos dedican algún espacio al tema de la primera ciudad cristiana fundada en las Indias, pero ninguno de ellos ofrece datos precisos sobre fechas concernientes a la Isabela, a no ser las dos relativas a las celebraciones de las misas, que ya se han mencionado. Ningún historiador se ha atrevido a pasar de las conjeturas y ofrecer datos convincentes para precisar cuál fue el día de la llegada de Cristóbal Colón con toda su flota de 17 buques al puerto o ensenada en la que tomó la decisión de mandar echar anclas. Tampoco se puede encontrar, más allá de las conjeturas, alguna mención razonada sobre la celebración de algún acto fundacional de carácter oficial.

Un dato que se ha querido utilizar para sacar alguna conclusión sobre este punto es el que proporciona el doctor Chanca cuando afirma que el descenso a tierra en el lugar escogido para la fundación se hizo «cuando ya eran pasados tres meses» desde la salida de Cádiz. Unas páginas más abajo complementa su precedente afirmación entrecomillada al señalar «el día que yo salí a dormir en tierra fue el primero día de henero» o «primero día del Señor», en otra variante<sup>15</sup>.

Conviene aclarar a este respecto que normalmente no es lícito identificar la fecha en la que unos pobladores llegan a un lugar con intención de proceder a una fundación con la del acto mismo de la fundación oficial. En este defecto cae el ilustre humanista y diplomático Salvador de Madariaga en su meritoria biografía del Almirante, quien, con una interpretación literal y matemática de la frase del galeno bético de que habían llegado al lugar pasados tres meses de la salida de Cádiz y acogiéndose a la variante del «día del Señor», interpretada como el día de Navidad, sitúa en esta festividad la fecha de la fundación de la Isabela<sup>16</sup>.

La identificación que hace Madariaga de la citada variante es excusable porque en su tiempo no se conocía el epígono del texto colombino descubierto

---

<sup>15</sup> Adoptamos la expresión «primero día de henero» de la edición crítica del documento del doctor Chanca en la *Colección Documental* citada, p. 519, con preferencia a la de Martín FERNÁNDEZ DE NAVARRRETE, *Colección de los Viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles* 1, Madrid 1825, 221, en la que se lee «primero día del Señor», igual que en la copia de Juan Bautista Muñoz, del siglo XVIII, cuyas variantes se señalan en la referida edición crítica.

<sup>16</sup> Salvador DE MADARIAGA, *Vida del Muy Magnífico Señor Don Critóbal Colón*, 5 ed. Madrid 1992, p. 341.

posteriormente, que da la lectura de «día 1 de enero», y es que, además, ese día, en el que Chanca descendió a tierra, no debe de tener otro significado que su interpretación literal de que ese día le tocó a él bajar a tierra porque ya se le había habilitado una vivienda, seguramente una para él solo y para su gabinete médico, de las «doscientas casas, que son pequeñas como las cabañas de chuchar entre nosotros y están cubiertas de hierba», según refiere Cuneo<sup>17</sup>.

El día de la festividad de los Reyes Magos se celebró con mucha solemnidad en la Isabela con la referida misa cantada con la presencia de 13 sacerdotes. No sabemos si dicha solemnidad se debía a la conmemoración religiosa del día, a la inauguración del templo o a una fiesta cívica. Después de confesar acertadamente que resulta imposible señalar una fecha exacta para la fundación de la ciudad, Consuelo Varela escribe, y a ello se agregaría uno si la ilustre autora tuviera a bien permitirlo, que quizás pudiéramos dar como oficial la del día 6 de enero cuando se celebró la referida misa tan bien asistida<sup>18</sup>.

Hoy en día, gracias a los nuevos documentos colombinos y depositados en la Biblioteca Nacional, se pueden precisar mejor ciertas fechas, especialmente la de la llegada de la flota colombina al puerto de Isabela. Uno de dichos documentos es la Relación que hace Cristóbal Colón de su segundo viaje, de capital importancia para este período histórico, sobre todo si se considera que se perdió el Diario del mismo. En la página 249 de la edición del matrimonio Varela-Gil el almirante escribe: «Hoy son treinta y un días que yo llegué a este puerto» (Isabela) y en la página 252 dice: «Después de escrito todo lo de encima oy, qu'es día de San Sebastián...» La implantación de la coma después del adverbio de tiempo, puede ser un poco discutible, pero en cualquier caso no parece que pueda variar en modo alguno su sentido si se le antepone: ...» encima, oy qu'es día... Tampoco cabe pensar por su proximidad y por hallarse ya al final de la Relación que ambas frases hubiesen sido escritas en fecha diferente. De acuerdo con el razonamiento, la llegada al puerto de la Isabela se realizó 31 días antes del 20 de enero, o sea, también el 20 de ese mes de 31 días que es diciembre.

---

<sup>17</sup> Juan GIL-CONSUELO VARELA, *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*, Madrid 1984, p. 58; C. VERLINDEN-F. PÉREZ EMBID, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, Madrid 1967, p. 104.

<sup>18</sup> C. VARELA, «La Isabela. Vida y ocaso de una ciudad efímera»: *Rev. de Indias* XLVII.181. Madrid 1987, pp. 736-7.

## REQUISITOS PARA FUNDAR UNA CIUDAD

Según dejó escrito el malogrado Francisco de Solano, ya desde la fundación de la Isabela se comienza a vislumbrar la que sería la tipología de la ciudad geométrica iberoamericana<sup>19</sup>. Esta configuración geométrica de la ciudad de Isabela está narrada principalmente por Guillermo Coma, con la más detallada y entusiasta de las descripciones: «Una ancha calle, trazada a cordel divide la ciudad en dos partes, calle que es cortada después transversalmente por otras muchas costaneras». Hernando Colón ratifica dicha disposición y añade la mencionada existencia de una cómoda plaza, eje central inexcusable de todas las fundaciones urbanas iberoamericanas, que también Las Casas menciona. Los edificios públicos de los que dan cuenta los relatores como testigos presenciales o de primera mano por orden de consignación son los siguientes:

- a) Casa para los bastimentos y municiones del armada (Las Casas). Un magnífico castillo en la playa con una elevada fortaleza (Coma). Fortaleza (H. Colón).
- b) Iglesia y hospital (Las Casas). Un noble templo (Coma). Una capilla (Anglería con información de principios de 1494).
- c) Morada del almirante, llamada palacio real en la confianza de que un día la visite el rey (Coma).

Las casas públicas, atestigua el fraile dominico, se hicieron de piedra; las demás cada uno las hacía de madera y paja y como hacerse podía (*Historia* 1, 88). Colón se debió de volcar especialmente en el edificio de la fortaleza, a la que, hecha de piedra de cantería y con almenas, la consideraba la mejor de las que había construido en la Española en este segundo viaje. Aunque abandonada desde hacía cinco lustros, todavía estaba en pie el año 1512 y de ella, el futuro protector de los indios, siendo prior en Puerto Plata, hizo traer una piedra grande que puso como primera piedra en el monasterio que estaba edificando en dicho lugar (Las Casas, *Historia* 1, 110).

Precisamente, fue en esta fortaleza donde buscó eficaz refugio Diego Colón, cuando en ausencia de su hermano el virrey, la ciudad de Isabela fue tomada por el sedicioso Francisco Roldán y sus seguidores. A este respecto, co-

---

<sup>19</sup> F. DE SOLANO, «Fundación, tipología y Funciones Urbanas»: *Historia y futuro de la ciudad iberoamericana* 1, 13, citado por C. VARELA, *Isabela*, 738. Sobre el tema: Javier AGUILERA MARCOS, *Fundación de ciudades hispanoamericanas*, Madrid, Mapfre, 1993. Edic. en CD-Rom dentro de las Colecciones Mapfre 1492.

mo confirmación del apotegma de Horacio en la epístola «Ad Pisones» *Quandoque bonus dormitat homerus*, en este caso *quandoque bona dormitat domna*, en elipsis tardolatina próxima al romance, se ha llegado a poner en duda, no la existencia de dicha fortaleza, sino la autenticidad colombina de la misma, y sin atender a su poco estratégica localización para ello, acosable y controlable no ya sólo por mar, sino también por tierra, al quedar equidistante y cercana de las ciudades de Montecristi y Puerto Plata, se ha preguntado si no podría tratarse de una construcción algo posterior y perteneciente a algún corsario de los muchos que asolaron la zona (Valera, *La Isabela* 743).

#### EL SENTIDO DE LA PROPIEDAD PRIVADA

Un capítulo que pasa desapercibido para la generalidad de los historiadores colombinos es el del reparto de solares que hizo el almirante en el momento de perfilar el trazado de la nueva ciudad. Este capítulo aparentemente carece de importancia, pero resulta fundamental en el proceso de la fundación de la Isabela y también en todo el proceso de las relaciones sociales del encuentro de las dos razas. Las Casas escribe: «Repartió solares, ordenando sus calles y plaza, y avicináronse las personas principales y manda que cada uno haga su casa como mejor pudiere» (*Historia* 1, 88).

Hay en esta decisión un deslizamiento sutil hacia unas formas que inevitablemente habrían de provocar en el futuro una fractura social con el mundo indígena, con un pernicioso efecto de gravísimas consecuencias. El mencionado reparto de solares venía a sistematizar en el Nuevo Mundo el concepto de la propiedad privada, desconocido de los naturales incluso para pequeños bienes muebles.

Hoy en día el derecho de propiedad se aplica a tantos aspectos, materiales o inmateriales, espirituales o morales —se posee la finca, el empleo, la salud y la verdad—, que no admite una definición homóloga. Pero, a diferencia de los españoles, insaciables en la posesión del oro y de riquezas, los naturales carecían del sentido de la propiedad privada y vivían felices, sin ambiciones materiales, como en una Arcadia ideal sin la noción de tuyo y mío, utilizando lo que la naturaleza les proporcionaba sin mayor esfuerzo. Habitualmente, los isleños solían salir a recibir en son de paz a los españoles, como a hombres venidos del cielo o no, ofreciéndoles regalos, pero también tomando despreocupadamente lo que encontraban a mano.

Los ejemplos de ello podrían ser innumerables, pero sin salir del ámbito de la Isabela, cabe recordar la conducta de los indios del pueblo contiguo a la nueva ciudad cuando el 12 de marzo de ese año de 1494 salieron acompañando

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico  
Hispania Sacra 53 (2001)

a Colón en una expedición militar: «Cuando llegaban y pasaban por los pueblos, los indios de la Isabela que consigo el almirante llevaba entraban en las casas y tomaban todo lo que bien les parecía, con mucho placer de los dueños como si todo fuera de todos, y los de los pueblos adonde entraban se iban a los cristianos y les tomaban lo que les agradaba, creyendo que también se debía de usar entre nosotros en Castilla» (Las Casas, *Historia* 1, 90).

Pronto, sin embargo, los españoles comenzaron a reprimir con severidad la apropiación que les hacían de sus objetos los isleños, como se hacía entre los españoles, cortando las orejas o la nariz a los infractores como la señal más visible de su delito. Hojeda llegó a condenar a muerte a un cacique, a su hermano y su sobrino porque habían guardado para sí las ropas de unos españoles, entregadas a cinco indios para que las llevaran a determinado lugar, pero irresponsablemente se habían vuelto para atrás desde la mitad de un río para compartirlas con su cacique. Finalmente el vigoroso alcarreño envió al cacique y sus familiares a la Isabela, y sólo *in extremis* les salvó el almirante de la horca por las lágrimas de otro cacique que intercedía por ellos (Las Casas, *Historia* 1, 93).

Con semejante mentalidad y hechos a la placidez de su vida despreocupada y muelle, no era posible que los indios se aviniesen a recoger el cascabel de oro cada cuatro lunas en el caso de que hubiese existido suficiente mineral, o en su defecto, cierta porción de algodón, que se les había asignado como tributo. Muchos de ellos, además, como los pobladores vecinos de la ciudad de Isabela, se veían abocados a otra especie de tributo irregular de contribuir a aplacar el hambre de los pobladores de la ciudad, primero seguramente de forma voluntaria, pero después de forma forzosa o expropiatoria cuando los españoles se morían literalmente de hambre en la ciudad.

#### LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

La delicada situación sanitaria de los colonos, el hambre acuaciante e incluso el clima, tanto el natural tropical como el social bélico o prebélico, no eran motivo suficiente para que el almirante, virrey y gobernador de las Indias, desistiese en su afán de realizar una construcción sólida y urgente de la ciudad. Colón impuso a todos un ritmo frenético de trabajo, sin excluir a quienes presumían de hidalguías, ostentaban cargos de palacio y de gobierno y oficios de armas, que también padecían, como los menestrales, las consecuencias de la delicada situación de la colonia y se les hacía a par de muerte ir a trabajar con sus manos, «en especial no comiendo». En la tesitura reinante en la población, no debió de quedar al margen el elemento clerical, a quienes incumbía de mo-

do especial la construcción del templo, con la participación de los técnicos de la construcción en cuanto edificio público, además de sus propias viviendas.

Los primeros trabajos que se abordaron en el solar escogido, fueron lógicamente los de urbanización y de defensa. La traída de aguas a través de un canal del cercano río, que luego no resultaron tan saludables, el trazado de la calle principal, el arreglo y ensanchamiento de algunos caminos, como el que conducía al poblado vecino indígena, por donde pudieran transitar los caballos, y no sólo las personas en fila india, la construcción de un camino que llevara a la fortaleza, algo distante en una roca por encima del puerto y de la playa.

El almirante virrey sentía un impulso irrefrenable por crear una ciudad consolidada que sirviera de base sólida para la implantación del dominio político de los Reyes Católicos y el de su propio feudo y para la expansión de la doctrina evangélica, representada en la materialidad del nuevo templo y sus servidores. Pero su impulso irrefrenable, tanto por su propia inclinación como por el encargo recibido por los Reyes, se cifraba en proseguir sus incursiones exploratorias para confirmar la condición continental de Cuba y conectar con las soñadas tierras del Gran Khan o de Cipango y Cathay. De ahí sus apremios crecientes para acelerar el trabajo que iban emparejados con el aumento del hambre y del consiguiente descontento.

Cuando, después de una incursión armada de 17 días a la región considerada aurífera de Cibao, el virrey regresó el 29 de marzo a Isabela, al frente de la cual había dejado a su hermano Diego, encontró a la ciudad en unas condiciones caóticas. Comenzó entonces, según Fernández de Oviedo, a aplicar castigos con inusitada severidad hasta el punto que llegó a azotar a algunos descontentos y a ahorcar a otros. Bartolomé de las Casas niega con rotundidad estos hechos, pero hay quien pone en tela de juicio su testimonio por ser enemigo del historiador madrileño y primer cronista de las Indias y ser, al mismo tiempo, amigo y defensor de Colón, sin que esto signifique que en ocasiones le dejara de criticar sus desaciertos y errores<sup>20</sup>.

En la referida coyuntura, lejos de la inspección de la corona y seguramente confiados ambos en el apoyo de la misma, se originó un duelo tragicómico de increíbles lances, casi infantiles, de creer al citado historiador y cronista madrileño. El delegado pontificio se sintió obligado a recriminar con dureza la conducta cruel del virrey, a lo que éste respondía disminuyéndoles a él y a sus ayudantes la ración de alimentos. La respuesta de Boil era la excomunión y así más de una vez, pese a que los buenos oficios de Mosén Margarite, jefe del

---

<sup>20</sup> G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia Natural y Moral de las indias*, lib. II, cap. 12. Por Real Cédula de 1 de junio de 1495 los Reyes ordenaron al almirante no privar a nadie de alimentos por delito alguno, a no ser por el de merecer la pena de muerte:

ejército, y otras personalidades conseguían sosegarlos. Quizás fue éste el primer capítulo de la lucha por la justicia en América que luego daría lugar a tanta polémica.

Las relaciones entre el jefe y almirante de la expedición y el jefe religioso de la misma habían sido por lo menos correctas durante el viaje y en los inicios de la convivencia en Isabela. Colón parece que supo guardar con respecto al segundo las debidas consideraciones a su dignidad. Ya se ha señalado que durante la estancia en la Navidad el almirante llevó al cacique Guacanagarí a visitar a fray Bernardo Boil que estaba postrado en el lecho de la nave. Más tarde, ante su partida del 14 de abril a la exploración de Cuba y Jamaica, Colón instituyó un consejo de gobierno de la Isla presidido otra vez por su hermano Diego e integrado por otras cuatro personas «de mayor prudencia y auctoridad», entre las que se cita en primer lugar al padre fray Buil (*Las Casas, Historia* 1, 94).

#### EL REGRESO DE BOIL A LA PENÍNSULA

Sin embargo, durante la ausencia del descubridor en su gira citada que duró hasta el 29 de septiembre, siempre del año 1494, el padre Boil y mosén Margaritha, junto a otras personas más, entre ellas varios religiosos, se embarcaron clandestinamente para Castilla aprovechándose de una pequeña flota que los Reyes habían puesto a disposición de Bartolomé Colón, recién llegado a España, para que pudiera viajar a las Indias donde sus hermanos.

¿Qué había pasado para que llegaran a tomar tan sorprendente decisión?

No se sabe la fecha exacta en la que partieron Boil y sus acompañantes rumbo a la Península. La flotilla de Bartolomé recaló en Isabela en la festividad de San Juan, 24 de junio, en y los repatriados llegaron a la Península en noviembre de 1494, por lo que no debieron de partir de la Española mucho tiempo antes de que el 29 de septiembre Colón retornara de su viaje exploratorio o, mejor, fuese traído contra su voluntad en un estado de grave postración por sus marineros, a los que había hecho jurar previamente que Cuba era tierra firme.

Las Casas se duele de estos episodios y no se explica cómo pudieron sucederlos en tan poco tiempo, pues apenas habían pasado tres meses desde la llegada a aquel paraje. En realidad, no fueron tres meses, sino probablemente hasta ocho, el tiempo que debió de pasar hasta la ruptura abierta, en la mayor parte del cual el almirante estuvo ausente. Algo de luz se puede sacar de la información que realizó cinco años más tarde el comendador Franciso de Bobadilla al sustituir a Colón en el gobierno de la Isla. Las acusaciones contra el árbol caído fueron más o menos las señaladas de crueldad y malos tratos a los cristianos en

Isabela, de ahorcar a muchos, de dejarlos morir de hambre, de hacer la guerra a los indios y hacerlos esclavos. Pero se daba una acusación especialmente significativa para nuestro caso que señala Las Casas en las siguientes palabras:

«Que no consentía que se bautizasen los indios que querían los clérigos y frailes bautizar, porque quería más esclavos que cristianos».

El mismo primer defensor de los indios y obispo de Chiapas comenta a continuación del párrafo anterior: «Pero esto podía impedir justamente, si los querían bautizar sin doctrina, porque era gran sacrilegio dar el bautismo a quien no sabía lo que recibía» (Las Casas, *Historia* 1, 179). Este comentario puede ser una moneda de ley con un haz y un envés; un haz de defensa del almirante y un envés de velada acusación a una excesiva laxitud y precipitación en la administración del bautismo a los indios<sup>21</sup>.

#### UN SÓLIDO TEMPLO CRISTIANO

Entre las acusaciones recogidas por Bobadilla se concreta la de exigir un esfuerzo sobrehumano en las obras destinadas a defensa y en la construcción de la casa del almirante, pero se mantiene un silencio respetuoso sobre la iglesia. Sin embargo, no cabe la menor duda de que continuaron los trabajos de su construcción, acaso moderados a un ritmo humano por los religiosos. Los ritos litúrgicos religiosos mencionados de la festividad de los Reyes Magos, con información de Pedro Mártir de Anglería, y los del sábado Santo del 29 de marzo de 1494, con información del propio Colón, no pudieron tener lugar más que en una iglesia improvisada, a la que Anglería llama capilla, haciendo responsable de la información que transmite a Melchor Maldonado.

Melchor, así lo menciona familiarmente alguna vez el autor de las *Décadas*, está incluido en la breve lista de Las Casas de las personas distinguidas que tomaron parte en la segunda singladura colombina, pero regresó a Castilla en el tornaviaje de Antonio de Torres que partió de Isabela el 2 de febrero de 1494. Por eso, la información que pudo ofrecer tiene que referirse a los hechos anteriores a esa fecha, pero de una proximidad difícil de superar. Esta circunstancia y la calidad humana del personaje garantizan la veracidad de su testimonio, con el que el noble humanista milanés pudo tener redactada su Primera *Década* dos o tres meses antes del final del año de los acontecimientos.

Pero, ¿Se llegó a construir realmente un sólido templo de piedra en la Isabela?

---

<sup>21</sup> Véase MADARIAGA, *Vida* 346 y 368.

El autor franciscano de la conocida Historia del convento de la Rábida afirmó en su tiempo, el año 1925, que no hay vestigio alguno de la primera iglesia que, según Las Casas, se erigió en la Isabela. Cita un testimonio de alguien que creía que se lo habría edificado de ramas en la Española el propio fray Juan Pérez, religioso de la Rábida y amigo y protector de Colón, quien supuestamente le habría acompañado en el segundo viaje. El padre Ortega concluye al final: «Lo que es cierto, sí, que tardó algunos años en haber iglesia edificada de material» (Ortega, *La Rábida* 2. 268).

Para probar su aserto, aduce tres reales cédulas de fines del año 1508 y siguiente, una primera dirigida al gobernador Ovando y las otras dos a los oficiales de la Casa de Contratación, recién creada en la ciudad hispalense, exponiendo que «por no haber en aquella ysla yglesias de piedra, no ay en ella Corpus Domini sino al tiempo que se dicen misas». Se autoriza a hacerlo a costa de los diezmos y primicias y se ordena el envío urgente de los canteros que fuesen menester (Ortega, l. c., 268-9).

El testimonio del autor de la importante obra citada no se puede decir que haya merecido muchas críticas sobre este particular. Más bien ha sido objeto de indiferencia y desatención, como si el tema de la primera iglesia edificada en el Nuevo Mundo careciese de interés. Las Casas, sin entrar en detalles sobre materiales, afirma simplemente que se construyó una iglesia y un hospital. Más explícito es el testimonio del aragonés Coma de que «allí se había consagrado un noble templo opulento en dones y repleto de ofrendas, que la reina Isabel envió desde España para el culto divino».

Probablemente se trata en este último inciso de la orden que transmiten los reyes a Juan de Fonseca en el apéndice del Memorial de Antonio de Torres de que envíe a fray Bernardo Buil en las inmediatas carabelas lo que va en un memorial aparte, que va señalado del notario real Fernán Álvarez; y asimismo le envíe más todo lo que le pareciere que había de menester allá fray Buil para él y para sus frailes. Las Casas en referencia a los Reyes Católicos concreta algo más esta información: «Mandaron proveer de ornamentos para las iglesias, de carmesí, muy ricos, mayormente la reina doña Isabel, que dio uno de su capilla, el cual yo vi y duró muchos años, muy viejo, que no se mudaba o renovaba, por tenello casi por reliquias, por ser el primero y habello dado la Reina, hasta que de viejo no se pudo más sostener (*Historia* 1, 81). Entre los objetos enviados por la reina Isabel se podría destacar también la campana de bronce, que, por la fascinación que ejerció sobre Caonabó, facilitó a Hojeda el apresamiento de dicho cacique<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> CH. VERLINDEN-F. PÉREZ EMBID, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, Madrid 1967, 113.

El mejor testimonio de la edificación de la iglesia de Isabela, y de los demás edificios públicos, es la persistencia de las ruínas de la ciudad. Madariaga habla de la culpable negligencia de España, primero y, después, de los que usurparon la soberanía española sobre la isla (*Vida* 342). La expresión algo enigmática de los usurpadores de la soberanía española sobre la isla acaso se refiera a la potencia que arrojó de la isla a los españoles, cuya acción pudo estar acaso preparada con bastante antelación. El biógrafo norteamericano Thacher reproduce un informe redactado sobre las ruinas de la ciudad por un equipo desplazado en 1891 por la marina de los Estados Unidos, compuesto por un oficial, un sargento y un cadete. Su aportación más valiosa quizás sea un croquis en el que señalan el cuartel, la iglesia y algún otro edificio, pero no consideran de interés realizar una excavación. Anteriormente un viajero, Samuel Hazard, realizó en 1872 una descripción de Isabela como una ciudad ordenada, con una sólida iglesia de piedra (*substantial stone church*) y edificios oficiales. Finalmente el mismo citado biógrafo americano en su prospección más reciente ratifica, sin añadir datos de especial interés, la visión de sus predecesores compatriotas<sup>23</sup>.

---

<sup>23</sup> THACHER, JOHN BOYD, *Christopher Columbus: His life, his works, his remains* 2, New York 1903, pp. 285-9. Reimpresión de los 3 vols. en 1967.